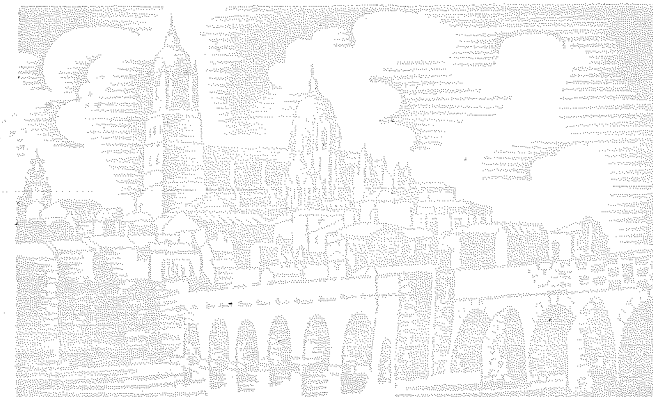


JAIME F. GIL DE TERRADILLOS

**EL ESCRITOR ESPAÑOL
CONTEMPORANEO
Y
LA LIBERTAD**

(VARIACIONES SOBRE UN TEMA SUBYUGANTE)



Ediciones ESPAÑA EN AMERICA
México, D. F., 1963

EL AUTOR Y SU PROPOSITO

JAIME F. GIL de TERRADILLOS es un escritor español en el destierro desde 1939, lo que vale decir que fuè siempre un *Hombre de convicción y de acción*. No ha entendido nunca su papel de escritor como una simple especulación contemplativa. En otra ocasión esta silueta bastaría, pero a los desarrollos morales de este ensayo que hoy nos presenta, no estará de más añadir algunos otros perfiles.

Sirvió por convicción a la República; en los trabajos que contribuyeron a su advenimiento en 1931, y, más tarde, en aquellos otros que estimó necesarios para nutrirla de eficacia y de vida. El principio de la tragedia que aún sufre España en carne y espíritu —levantamiento armado contra un poder legítimo— le contempló en África, desde un puesto de responsabilidad gubernativa.

Tras una estancia azarosa en Francia (Perpignan, campos de concentración, París, Montpellier y Marsella) logró arribar en 1942 a las playas acogedoras de este México ejemplar. En este país de libertad, sigue realizando labor intelectual, sin olvidarse en ningún momento de

la patria ausente; a la que dedica, no sólo pensamientos nostálgicos, sino también acción y esperanzas.

Militante republicano, pues, desde su primera juventud, hoy, que corre ya por su segunda, tiene el legítimo orgullo de haber optado siempre por la Libertad, arriesgando posición, familia, vida y también, su tierra, España.

Con el éxodo, el gran lema libertario —"Tierra y Libertad"— tomó en el espíritu del autor un más amplio y profundo sentido humano. Al inspirar las páginas de este ensayo, le lleva a poner de relieve el valor moral de ese encuentro consciente del Hombre con la Opción, ("Destino" suelen llamarle los acomodaticios) y que, en la generalidad de los casos, ofrece un margen de Libertad que con la dignidad de la Acción salva también la propia vida.

Tema es este de amplias perspectivas humanas. Contra lo que suele aceptarse corrientemente, la condición de escritor no es por sí sola una garantía de personalidad prominente. Bastantes han sido, son y serán los escritores que, frente a la Opción —o el Destino— no han sen-

tido con suficiente fuerza aquel imperativo de la Opción. Se han agarrado instintivamente al terruño, soportando la esclavitud, sufriendo en su carne y en su alma los latigazos de la Bestia y el contagio de la podre, en vez de salir hacia tierras libres, donde continuar con fruto el combate personal frente a la vida, junto con la lucha común y eterna del Hombre por su Libertad y su Tierra. Ni siquiera acertaron a oponer a la tiranía, siguiendo un ejemplo ya clásico, esa furia imponente, tenaz, demoledora del "silence de la mer". Sus voces desgarradas, sus signos versificados, jeroglíficos, sin resonancia en el vacío de la campana neumática, han resultado intrascendentes, casi sin provecho. Antes al contrario, han servido algunas veces y sin querer, para encubrir ciertas mascaradas cínicas del tirano. Así, al final de la jornada, el escritor que no supo optar, se encuentra con que lo ha perdido todo, porque la Tierra sin Libertad es una charca, un erial o un cementerio.

Más, pasando del tema general a lo concreto de este ensayo, el afán huma-

nista del autor no va por los rumbos del reproche. Aunque fueran explicables, no serían totalmente justos. Ni entran en su propósito, que es también el nuestro. Cala más hondo. Hoy como ayer, trabaja con decisión por la Libertad y por su Tierra. Su mensaje va dirigido a unos y otros, estimulando la noble pasión por una España digna, que resurja por encima de las limitaciones, amarguras y tragedias pasadas y presentes. Hace un llamamiento cordial para buscar el camino que nos lleve juntos a reconquistar la Tierra y la Libertad, en una sacudida orgullosa y eficiente de los hombres de acción que quisieron optar; y de los que opten ahora antes de que sea tarde, para no verse confundidos con los pelotones de aventureros prestos siempre a montar en la trasera de la primera carroza triunfal que por la plaza pase.

Que no será la del Triunfo auténtico y definitivo.

M. TORRES CAMPANA
del Grupo "España en América"

El escritor español contemporáneo y la libertad

Variaciones sobre un tema subyugante

por JAIME F. GIL DE TERRADILLOS

¿ES EL DESTIERRO OBSERVATORIO IDEAL DE LA PATRIA?

Para lograr una límpida visión de un objeto se impone en muchas ocasiones que nos alejemos de él hasta situarnos en el lugar conveniente, aquél donde logremos encontrar el adecuado acomodamiento visual.

¿Es el destierro sitio adecuado para una contemplación de la patria y de sus inquietudes en condiciones de suficiente claridad, o el alejamiento que representa hace que el panorama espiritual que queremos captar se presente a los ojos del entendimiento con lineamientos simplistas, llenos de vaguedades, por la atmósfera nebulosa en que surge a nuestra vista intelectual?

Indudablemente, a la distancia espiritual en que un desterrado vé a la patria —que equivale a decir en la proporción sentimental en que la lleva en su alma— el problema puede presentarse de distinta manera en cada caso. Dependerá del modo sentimental e intelectual que cada espectador emplee para verla.

Para unos, la distancia no permitirá esa visión concreta apetecida; en cambio, ese alejamiento será el que sitúe a otros en el lugar adecuado desde el que sí puedan ver un panorama sin deformaciones pasionales. Pero ¿interesa mucho lo del alejamiento físico de la patria cuando lo que tratamos es de comprenderla? Creemos que no.

Para el español desterrado que sigue viviendo allí espiritualmente, el espacio que le separa de España no es solo una simple cuestión de longitud; por tanto, esa distancia física no puede tener tampoco el mismo valor y se verá obligado a establecer la relación entre ella y su pensamiento de distinta manera. Porque cuando queremos entender de sensaciones del mundo íntimo, territorio espiritual tan extenso como la imaginación, más pródiga pueda soñar, el mejor sistema de medición es el del sentimiento. El único que aleja o acerca. ¡Que usen de otros medios los que no son capaces de ver

a la patria en sí mismos, en sus inquietudes y en sus anhelos!

Acaso la aproximación del pensamiento al concepto de la **escala de distancias espirituales entre la realidad y nosotros**, sea el mejor modo de encontrar entre ellas la que en este momento nos deje percibir, de forma precisa, todo cuanto pretendemos **ver** en el caso de la España actual.

Si borramos ahora la distancia física en aras de la meditación, un poco nostálgica, que vá abriendo el pensamiento, **veremos** a la patria ausente en pleno quehacer creador. Es posible que adquiramos la confianza de habernos situado en un punto de mira **adecuado**. Pero ¿será ello así? ¿Habremos encontrado el lugar especulativo ideal que

EL ESCRITOR ESPAÑOL Y SU DRAMA: CINCO LUSTROS SIN LIBERTAD

En realidad, lo que intentamos conocer es la valoración que hacen los intelectuales jóvenes de la libertad, el concepto que de ella tienen desde sus personales posiciones de lucha, el modo con el que han llevado adelante hasta ahora su labor creadora sin ella. Porque éste y no otro es el meollo de la cuestión que estamos esbozando.

¿Que el tema de la libertad y el escritor no tiene novedad? Exacto. No la tiene. Es tan viejo como los primeros balbuceos del hombre. Pero a pesar de su vejez ha sido, es y será un incentivo

nos deje disfrutar la diáfana perspectiva que buscamos?

Admitamos la exactitud del hallazgo. Ella no impedirá en convenir que no es empresa fácil, ni mucho menos, extraer juicios serenos y fijar conclusiones firmes y desapasionadas. En fin de cuentas, el observador está lanzando su mirada hacia España desde la zona dolorosa y pasional del destierro.

Será inexcusable, por tanto, que caminemos cuidadosamente por el sendero sinuoso que nos abre el tema. No queremos que nadie estime aventurado por nuestra parte discurrir, lejos de España, sobre el panorama intelectual e ideológico que ella nos presenta a través de la joven generación de escritores que tratamos de comprender.

eterno para todo aquél que valore la función del pensamiento y su dignidad.

Lo que sucede es que algunas veces, como en el caso actual, cuando la libertad se vé negada por unos y maltratada por otros, aparece en nuestro horizonte vital con demandas apremiantes y angustiosas de comprensión y de defensa, y no podemos substraernos al impulso de escribir sobre el problema.

¿Que ya desde las remotas civilizaciones el hombre de pensamiento creador ha sufrido las arbitrariedades del poder —político y religioso— y ha

visto mermada su libertad para la expresión de sus ideas? Acabamos de escribir algo sobre ello.

¡Cómo desconocer que el escritor de otras épocas —desde el filósofo al poeta, pasando por el juglar— se ha visto obligado a plantearse este hondo y doloroso problema! ¡Cómo ignorar, asimismo, que han sido muchas las ocasiones en que se ha enfrentado al drama de perder su libertad, drama en verdad de acentos desgarradores para él, pues la libertad es el único nexo entre su pensamiento y el de los demás hombres!

No existe ignorancia sobre nada de esto. Todos sabemos cuan lamentable ha sido la frecuencia con la que la Historia ha registrado períodos de tiranía. Y que siempre, en tales malhadados días, ayer como hoy, el escritor, como parte temporal de un pueblo, ha carecido en su patria de la holgura necesaria para dar rienda suelta a su pensamiento crítico. Encerrado en el terreno de lo anodino y de la servidumbre, que ha sido y es lo único permitido cuando hay opresión, veía de tal modo acotado su espacio de actuación que resultaba tarea esforzada la de su evasión hacia la libertad.

Pero aún hay más. Siempre ha tenido que reconocer que la degradante situación en que le colocaban en su país se hallaba condicionada por la realidad de que en los mismos días, al otro lado de sus fronteras —línea terminante de separación física y de vida política— otros hombres de letras de otros pueblos disponían de libertad en forma

tan cumplida que podían pensar en voz alta, escribir y actuar como hombres y como escritores, con la certeza de que su obra llegaría a todos los que sintiesen curiosidad por ella sin mutilaciones de clase alguna.

¡Cómo desconocer que del hecho mismo de tal duro contraste, de la funesta parcelación del mundo en zonas de libertad y de esclavitud, ha nacido siempre el tormento del escritor oprimido, y como natural consecuencia, la ansiosa búsqueda por su parte del remedio; la defensa de su derecho natural! ¿Porque quien mejor que él para determinar que todo el mal radica en la comparación entre su estado humillante y el de aquellos otros intelectuales más afortunados de las zonas libres, y que la única terapéutica es el cambio del régimen autoritario —personal o de grupo— por el democrático y liberal?

Si hoy nos sentimos acuciados a escribir sobre la libertad y el escritor en España, a pesar de que la cuestión está planteada en términos dramáticos desde hace ya un cuarto de siglo, es porque las circunstancias temporales que están produciéndose en la península en torno de ella obligan a nuestro entender a una mayor preocupación por parte de todos. Pensamos, además, cuan necesarios son algunos esclarecimientos, y que también lo es que ayudemos a despejar, en la medida y forma que nos sea posible, la atmósfera de confusión creada alrededor del tema.

Para muchos de nosotros, liberales y demócratas, la lucha por la libertad tie-

ne hoy la misma validez que tuviera ayer, porque no se han modificado los términos de esa batalla. En tanto se le niegan al escritor los derechos de su libre expresión —y son muchos, desgraciadamente, los países en los que se le niegan— habrá razones de sobra para combatir con todas las armas del pensamiento a cualquiera de los enemigos declarados o encubiertos de la libertad.

Hablar o escribir de la libertad ha tenido en todo momento la suficiente subyugante atracción para el pensamiento inquieto del intelectual. Ya en 1833 escribía el gran **Figaro**: "Libertad en literatura, como en las artes, como en el comercio, como en la conciencia..."; y más tarde, en 1834, añadía: "...pero cansados al fin los pueblos, caen en la cuenta de sus derechos, y un grito unánime de libertad resuena en el universo... Desde entonces los hombres siguen vertiendo anchos ríos de sangre para reconquistar de la rutina el derecho más sencillo y claro de todos; su propia voluntad". Unamuno se expresó así en 1923: "El grito —aullido más bien— de guerrilla de esta jauría es ¡Fuera la libertad! Como si fuese posible justicia sin libertad".

¿Resulta, entonces, ocioso hablar ahora de confusiónismo interesado en este tema de la libertad y el escritor en

la España actual? Entendemos que no. No solo nos parece oportuno, sino necesario. Porque nadie ignora que algunos escritores **comprometidos** pretenden enturbiar en estos momentos la claridad del principio filosófico natural de la libertad con interpretaciones doctrinales partidistas.

Por tal motivo, ante tales habilidades proselitistas, los que no estamos comprometidos más que con nuestra dignidad de hombres libres y queremos defender la libertad como principio de derecho, intentamos poner las cosas en su lugar sin querer confundir a nadie. Escribimos sin **arriere-pensée** sobre la necesidad de disfrutar de libertad para poder llevar a cabo nuestra labor de escritor. Nos sentimos obligados a salirles al paso a los mistificadores, no importa cómo ni donde. Para defender la verdad todas las circunstancias son buenas; cualquier lugar es apropiado.

Creemos en la misión que se nos está deparando a muchos intelectuales. No queremos dejar de contribuir con nuestra voz y con nuestra pluma a la defensa y mantenimiento, en forma viva y operante, de los beneficios que otorgan al hombre los regímenes democráticos, entre los cuales está el que consideramos básico: la libertad de pensamiento y de expresión.

UN PANORAMA DESOLADOR: DOS DECADAS DE "ATROZ SILENCIO"

Si echamos a andar España adentro: si estudiamos la obra realizada en estos

veintitrés años por la generación en marcha que estamos queriendo comprender, y en esa búsqueda afanosa y reverente tratamos de encontrar lo que ella piensa y siente acerca del tema, tan subyugante para muchos, de la libertad y el escritor, ¿qué nos saldrá al paso? ¿Modernas catacumbas en las que catecúmenos transidos de fe afirmen su devoción por este ideal humano? ¿O un desinterés suicida ante la falta de libertad, sin la cual se vive una existencia mezquina y carente de íntimo contento?

Estas o parecidas preguntas nos hemos hecho en estos años muchas veces. Hemos recorrido también páginas en busca de respuestas. Nos hemos detenido a **escuchar** la voz escrita de esos intelectuales jóvenes, ansiosos de entender cuales han sido en ese ayer cercano, y cuales son hoy, sus naturales inquietudes. En nuestro afán por saber de que modo han luchado, si es que lo han hecho, para obtener para ellos mismos y para su obra un clima de mayor estimación y libertad, hemos escuchado con verdadero amoroso interés; hemos querido ver en el tuétano de su obra, la iniciación de un futuro más noble para España. Hemos pedido más luz para nuestro propio entendimiento y para el de los demás: más libertad, en suma, para las ideas. Porque cuando la esperanza se pone otra vez en pie necesita para seguir marchando toda la claridad que le guíe, toda la luz de la libertad en que apoyarse en sus pasos.

¿Qué hemos encontrado en tan amorosa búsqueda?

Habrá que hacer antes una división en el tiempo: establecer dos épocas, cada una de las cuales, por presentarnos distintos panoramas de actividad creadora y de ambiente receptor, nos darán ocasión a que broten desde el terreno de nuestra posición crítica dos juicios

Confesemos, pues, con dolor, que en la primera época —década del 40 y parte de la del 50— nuestros hallazgos han sido pobres en inquietudes humanas y faltos de esa preocupación vital por la libertad perdida y por otras cosas que son inherentes a la esencia misma del intelectual.

Hemos tropezado con muchos y grandes espacios vacíos. Demasiadas llanuras tristes y solitarias en el tiempo; aguas quietas en el fondo de una obra colectiva, sumida toda ella en contradicciones y nieblas. En la auscultación de esas dos décadas tristes y sombrías en la historia de España, ese rastro detrás del que andamos, el que nos debería llevar hasta la prueba viva que testifique que el escritor joven confrontó y denunció de alguna manera su falta de libertad, nos ha salido al paso impreciso en algunos lugares, pero pronto ha desaparecido de nuestra vista, volviéndonos a dejar desorientados.

¿Es que en toda esa primera época ningún intelectual joven ha mostrado inconformidad ante su triste situación de hombre muerto civilmente?

No sería justo contestar con un no

rotundo. Algunos si la han mostrado: a su modo y como han podido hacerlo en el ambiente de cortapisas en que se vieron obligados a moverse. Han expresado su desazón y su tragedia íntima. ¡Pero han sido tan pocos! La mayor parte poetas, quienes parecieron ajustarse a lo que dijo el gran Lope de Vega con tanto acierto:

“Bien hayan los poetas que en extraños círculos enigmáticos escriben, pues por ocultos no padecen daños.”

Entre los novelistas fueron contadas las excepciones. Y menos aún entre los ensayistas. Queremos dejar esto bien sentado en descargo del pequeño grupo que se atreviera a decir **algo**, porque los componentes del mismo han quedado libres de culpa ante la Historia. Aunque si lo miramos bien, ninguno de ellos necesita absolución de nadie. Ni de los de dentro ni de los de fuera. Les debe bastar con su propia conciencia. La misma amarga realidad de su precario vivir en esos años de dura prueba les absuelve y les dignifica ante ellos mismos y ante la Historia. Esa navegación suya contra viento y marea en un medio tan hostil, ha sido condena más que suficiente; duro e injusto castigo

SIEMPRE HA SIDO RECTORA LA MISION DEL INTELECTUAL

Tal es la dramática disyuntiva que se le enrosca en la conciencia a más de uno de esos escritores que ahora no están ni aquí, ni allí. Encrucijada enga-

que, queramos o no, ha tenido que hacer profunda mella en su conciencia de escritores y de españoles.

¡Lástima grande que les faltase en el preciso momento la decisión final para romper todas las ligaduras! Hubiesen ayudado a precipitar, quizá, una solución, y hubiesen logrado evadirse ellos mismos de la dureza de su situación al ganar la orilla salvadora.

Para poner en juego tal impulso liberador se necesita que actúe en el hombre una energía desesperadamente heroica, y esta acción tan íntima no se le puede pedir a nadie desde las afueras del terreno de la propia voluntad. Pero sí entendemos que, por no haberla tenido a tiempo, esos pocos escritores y poetas se han quedado varados entre las dos orillas que separan a España. No están ni con los de dentro ni con los de fuera. Han sido y siguen siendo **el puente en el vacío**, como dijera en España un poeta del mismo grupo, algo confundido a la hora de consultar la brújula y precisar su norte: *un puente que en una orilla se apoya en lo que sabe terreno deleznable, y en la otra está buscando algo que no puede llegar a realizarse sin condenar lo que él es sin remedio todavía.* (1).

ñosa, además, en la que pueden ex-

(1) Gabriel Celaya. **El escritor y sus medios.** 1958.

traviarse hasta los que se creen más avisados. ¿No será acertado pensar que en parte y como consecuencia de esto no hemos podido escuchar en los páramos del pensamiento los rumores de vida fecunda tras de los que andamos, ni tampoco advertir los impulsos de pasión juvenil rebelde de otras horas? Por ejemplo: aquellas voces, muchas de ellas no muy jóvenes si nos atenemos solamente a la edad, que se elevaron en España durante los últimos años de la monarquía, magníficos **vientos de fronda** unos, y románticos cantos de esperanza en los nuevos destinos de la patria otros.

Aquellas voces entre las que estaban (nada menos!) que las de Unamuno, Ortega y Gasset, Machado, Valle Inclán, García Lorca, no han tenido ahora, en este período que analizamos, repetición. Inútilmente hemos esperado oír otras nuevas con aquella vida y pasión. ¡Qué doloroso y **atroz silencio** ha caído sobre España en todo este tiempo!

Ahora bien: ¿Esa calma que se vislumbra desde fuera de la patria quiere decir que sea realmente conformismo, inhibición o desinterés por parte de los que, por la misma naturaleza de su oficio, están más obligados a expresar sus inquietudes ante los problemas del presente de España? ¿No hay, en verdad, ningún mar de fondo bajo la tranquila superficie que entrevemos desde esta lejanía poco grata del destierro? ¿No mueven sus quietas aguas alguna de las corrientes pasionales que normalmente impulsan el cerebro al corazón cuando ellas se producen en hombres sensibles? ¿No hay

tampoco mareas subterráneas que socaven, minuto a minuto, salidas para naturales inquietudes del pensamiento y de la conciencia, y busquen los convenientes acomodamientos espirituales de individualidades o de grupos? ¿Vive satisfecho el intelectual español en el ambiente de limitación de la España actual, envuelto en el burdo engaño de una propaganda imperial, en esta hora de trágica prueba para las ideas? ¿Por el contrario, anhela y trabaja, con todas las dificultades que apareja su régimen político, en la apremiante labor que pueda acabar de una vez con esas limitaciones que le cercan? ¿No echa de menos lo que es vital para el desempeño normal y decoroso de su función creadora: la libertad?

Al hablar del **atroz silencio** que siguió a la muerte de Unamuno, Julián Marías parece escribir, siempre con la excelencia de su forma, un hábil y sincero alegato encaminado a la defensa de aquellos escritores que pudieran ser acusados de tal mudez: *El intelectual de los últimos veinticinco años no ha podido repetir lo que Unamuno hizo; en primer lugar, no ha podido, y Unamuno, de haber vivido, no hubiera podido tampoco: en segundo lugar, por razones internas tampoco le hubiera sido posible, porque hoy el intelectual no puede ser en ninguna medida histrión. Unamuno no ha tenido equivalente o semejante; no ha tenido —y de ello me alegro— imitadores; pero le ha faltado enteramente sucesión? Créo que no, y que en España han sonado casi sin cesar voces que, en otro*

tono y con otras formas, cumplían la función más honda que Unamuno realizó estruendosamente a lo largo de toda su vida. ¿Han sido escuchados? Creo que sí, y que han sido operantes y han dejado su huella honda y duradera, aunque no se haya tomado nota de su existencia. Pero, ¿importa esto mucho? (2)

Creemos que sí importa ¡Y mucho! Sobre todo si pensamos que la misión del intelectual es siempre rectora: que en todos los tiempos le ha tocado cumplir la función de orientación y de dirección del pensamiento colectivo. Algunas veces sin proponérselo él mismo; otras, brotándole a sabiendas de todo su ser el amor al entendimiento y a la labor en común, en la medida en que este cometido puede realizarse en grupo, que es generalmente corta.

A Unamuno le dolió España en el alma durante toda su vida. Lo dijo a voces —magníficas y estruendosas, en verdad, en algunos momentos, pero siempre rebosantes de preocupación, de sinceridad y de valentía— para que le oyesen en su día hasta los sordos y, especialmente, aquellos que tenían algo que hacer en la patria.

LA PRISION SIN CULPA EN QUE VIVEN MUCHOS ESCRITORES ESPAÑOLES

El clima político que prevalece en

(2) **La voz de Unamuno y el problema de España.** LA TORRE. Revista de la Universidad de Puerto Rico.

¿Dónde están los que han levantado sus voces en ese otro tono de que habla Julián Marías? ¿Cuándo y cómo han sonado esas voces sucesoras en el cumplimiento de la alta misión que Unamuno supo realizar casi hasta el último aliento de su vida?

¿De qué buen grado haríamos una rectificación leal si se nos deparase la ocasión de comprobar que, efectivamente, esas voces han sonado y han cumplido una función más honda todavía que la que cumpliera tan estruendosamente Unamuno a lo largo de su fecunda y gloriosa existencia!

Confesamos nuestro temor de que tales voces hayan quedado encerradas en un círculo demasiado limitado, por cuya causa no han alcanzado la esperada resonancia; razón ésta, a su vez, para que muchos no hayamos podido tomar nota de su existencia. A juzgar por los latidos de la España cercana a la que iban dirigidas en primer término dichas voces, no nos parece que hayan dejado en ella la honda huella deseada por todos los que lamentamos ese **atroz silencio.** Los de dentro de España y los de fuera de ella.

España desde hace cinco lustros no ha

Nos. 35-36. Pág. 152. Julio-Diciembre de 1961.

permitido que el escritor español que vive en ella disfrute de la amplia libertad que gozamos los que hemos aceptado el destierro en países del **ámbito occidental.**

Porque mientras en la España actual ni **Unamuno, de haber vivido,** hubiera podido repetir lo que hizo, en los países democráticos que forman ese **ámbito occidental** el escritor puede hacer —y de hecho la realiza cuando quiere y como quiere— la crítica de la sociedad de que es parte, de sus hombres dirigentes, y también —¿por qué no?— de los principios políticos y sociales, bases de sus regímenes de gobierno. Podrá dudarse de la eficacia que en ocasiones tenga esa crítica, pero no de la libertad que se tiene para hacerla.

Precisamente, porque contemplamos a la patria tan hondamente sentida desde una zona de libertad, podemos ver que el panorama que España nos ofrece no es muy distinto, en este aspecto de la libertad y su relación con el escritor, al de los países comunistas. Pues si bien en España se repudia públicamente a la democracia y a la libertad de opinión, y a ambas se las ha decretado un cruel extrañamiento, en los otros regímenes totalitarios, a pesar de su lenguaje de engañosos bobos, también la libertad y la democracia sufren igual maltrato y proscripción.

El escritor español no ha podido, por tanto, librarse de su prisión sin culpa en estos años. Se lo han impedido la **filosofía** misma de su régimen sin base alguna de derecho, el dogmatismo e intole-

rancia de su iglesia beligerante y la política de persecución y odio seguida contra sus adversarios de ayer y de hoy. En tal ambiente no es posible lograr que haga acto de presencia la rebeldía, aunque solo sea con el dardo liberador de las ideas, sin tener una gran decisión de afrontar todas las contrariedades del desigual combate. Así, cercado por tantos obstáculos, el intelectual, replegado en sí mismo, se fue transformando casi sin advertirlo él, en un intelectual **tipo** con características muy singulares.

Es en la joven generación de intelectuales donde ha sido más fuerte y demoleedor el impacto de la situación política que siguiera a la guerra. Porque se pusieron en juego contra ella todos aquellos elementos anuladores y represivos de que disponen siempre para su defensa los gobiernos totalitarios: desde el falseamiento de la verdad histórica, hasta la actuación policiaca, superada en estos tiempos merced a sus nuevas técnicas.

Fueron muchos los obstáculos que el poder político y el ambiente creado al finalizar la contienda, levantaron en el camino de la triste labor cotidiana de esa juventud que estudiamos. Uno de los mayores consistió en el engaño perpetrado con ella, el fraude de que se la hizo objeto al hablarla de la guerra de **liberación.** Se falseó todo. El origen del choque de unos españoles contra otros, la mística de cada bando beligerante y el desarrollo mismo de la lucha, no solo en los frentes de operaciones y en la retaguardia, sino también en las canci-

llerías extranjeras. Igualmente se tuvo un extremado cuidado por parte de los **vencedores** en ocultar a la juventud la trágica secuela de persecuciones y ejecuciones.

Todo ese cruel engaño comenzó en la escuela; después continuó, meticulosamente ejecutado, en los lugares a los que tenía normal acceso la nueva generación. Asociaciones escolares religiosas, de Falange, deportivas, talleres, fábricas, oficinas, institutos y universidades. Una rígida censura tachó con celo inexorable hasta los más mínimos detalles discrepantes de las tergiversadas versiones oficiales; fue —y sigue siendo en el momento actual, a pesar de lo que propalen algunos de sus voceros— la aduana vigilante que impidió que se colasen por

las fronteras de la cultura las ideas liberales procedentes del mundo libre.

El espíritu de esa juventud, curiosa como una virgen, ha sido la preocupación constante del gobernante y de la iglesia, los dos poderes rectores de la vida de España. Los dos han querido evitar, cada uno por su cuenta y razón, que ella salga por sus fueros e irrumpa en las actividades críticas y creadoras con sus naturales impulsos renovadores. En suma; nada se descuidó para que la juventud viviese desorientada entre neblinas de miedo y de miseria física y moral.

Ese vagar triste y desorientado de la juventud lo reflejan bien algunos poetas. Blas de Otero en **Desterrado hijo de Occidente** exclama con hondo dolor:

*Esta tierra, este tiempo, esta espantosa podredumbre
que me acompañan desde que nací
(porque soy hijo de una patria triste
y hermosa como un sueño de piedra y sol; de un tiempo
amargo como el paso de la Historia);
esta tierra, este tiempo que tiran de mis pies
hasta arrancar los huesos a mi esperanza última,
¡ah, no podrán, jamás podrán vencerme,
porque mi mano se me va y se agarra
a otra mano de hombre y a otra mano
que me encadena, madre inmensa, a ti! (3).*

Y otro poeta que se llama a sí mismo "ciudadano del mundo" y que confiesa que "busca nuevos caminos aunque

*Porque soy un céntimo de porquería miserable de vida
amalgamada con angustia y sudor*

(3) **Pido la paz y la palabra**. 1956.

de desesperante desesperanza desesperada.

Más sufrí cuanto más quiero ser hombre.

Llevo ya casi treinta años de vago transeúnte

por este pepino putrefacto y feliz.

Vengo a hablar en nombre de los que tienen treinta años

de los que desde la cumbre de su juventud perdida

contemplan los restos del humano naufragio y del desorden del mundo

y en nombre de sus traiciones muertas yo os acuso, oídlo bien, a todos. (4)

(4) **EPILIRICA**. Ediciones "Alrededor de la mesa". Bilbao, 1961.

más cómodo, desde luego, hacer novela y cuento con realismo de corto vuelo, de fotografía callejera, que intentar dar vida y voz cálida de protesta a problemas humanos con entronque directo al latido del mundo en estas horas angustiosas. Estos conflictos apasionados de la existencia desesperanzada del hombre contemporáneo, que deben ser presentados sin prescindir de las reglas del arte, encierran peligro; pueden entrañar fricción con la censura y con el poder. Y para una labor de este tipo, o sea, una obra de arte en la que, además, el intelectual afirme valientemente su fe en el hombre y en sus derechos, se necesita sentir muy dentro el impulso romántico y generoso que tiene toda lucha ideológica.

Convengamos de buena fe que no es ni ha sido la España totalitaria y negativa el ambiente apropiado para alcanzar la grandiosidad espiritual de dar la cara a tales adversidades con el arrojo **un tanto caballeresco** del héroe, con la abnegación mística del mártir o, simplemente, empleando un lenguaje más directo, con el desenfado y valentía del escritor inconforme que tiene algo que decir para fundamentar su inconformidad y lo dice, o lo intenta decir... aunque no le dejen decirlo.

La joven generación de intelectuales de la España actual ha guardado un extraño silencio. Su aparente despreocupación por los problemas de dignidad humana que le rodean, a juzgar por su obra y por los otros testimonios de acción, hace que aparezca como insensible al dolor de otros muchos españoles.

Vemos surgir en la meta de sus aspiraciones creadoras, mezquinos objetivos, tales como la obtención de un premio en cualquiera de los muchos concursos que se celebran. Ciertamente que en la mayor parte de esos casos un premio bien dotado soluciona una multitud de pequeñas preocupaciones económicas, porque el dinero ganado, además de ayudar a vivir, —aspecto siempre difícil en España para el hombre de letras—, satisface el logro de un epicureísmo ramplón y permite un momentáneo olvido de las torturantes combinaciones financieras.

Por esas razones, cuando queramos valorizar los frutos de su producción, no deberemos dar de lado a tales circunstancias ambientales generadas por el régimen; ellas han conseguido que una mayoría de escritores jóvenes hagan desfilar peleles y burdas marionetas por las páginas de sus libros, en lugar de los hombres con pasiones e ideas que esperábamos encontrar.

Nuestra esperanza de hallar esos hombres de carne y hueso, y otros temas con más hondura de pensamiento y de vida, tenía fundamentos de peso. Entre otras razones, como son todas aquellas que se enlazan con la inquietud del hombre de nuestros días, por una muy singular que nos parece merecedora de que la señalemos aquí.

El pueblo español ha sido uno de los que más frecuentemente se han visto afectados por tragedias humanas y conflictos pasionales; en tales cataclismos morales, los principales personajes fue-

ron protagonistas de típicos y hondos casos de conciencia y de libre albedrío. La libertad, que cuenta en su martirologio innumerables españoles representativos, ha servido de tema dramático en muchas de las escenas reales de la Historia, como igualmente ha sido la razón de vida de muchas ficciones noveladas o teatrales.

Tales conflictos, que en pueblos menos pasionales hubiesen originado también profundas inquietudes y testimonios escritos —drama o novela— de su existencia como tales problemas, sin que por ello creasen una conmoción nacional tan fuerte, en España han finalizado en verdadera y sombría tragedia. ¡Que lo digan, a mayor abundamiento, los espectadores del último drama real que se representó en el solar hispano, y cuya primera jornada —1936— abrió este gran abismo a cuyos bordes seguimos asomados los españoles, frente a frente todavía!

En esa reciente tragedia, de clara técnica española, con cielo tormentoso y ríos de sangre, desfilaron por el tablado donde tuvo lugar la acción, que fue toda España, una gama completa de personajes, cada uno con fisonomía y papel perfectamente definidos. Bien cerca de sí tuvieron la cantera grandiosa de la que poder extraer materiales prometedores de éxito, tanto el novelista —taumaturgo con facultades para poner en pie a muchos héroes— como el ensayista —alquimista afanoso en la persecución

de fórmulas especulativas del pensamiento en función creadora y del alma toda con sus deliquios y sublimes elevaciones—. No han querido excavar y ahondar en la enorme cantera que tanto prometía.

La mayor parte de esa juventud intelectual guardó silencio; se encerró en un mutismo incomprensible, como si no viese, o no quisiese ver, las escenas que le iban saliendo al paso, ni los personajes vivos que le gritaban sus angustias de muerte. Tampoco escuchó el urgente llamamiento de su dignidad de hombre y de escritor privado de libertad y de voz. Ha sido la suya, en estos años, una postura de extraña insensibilidad, una actitud en abierta pugna con las características distintivas de la juventud de todos los tiempos: inconformidad y valentía en su acción crítica y demoledora.

A nuestro juicio, esa falta de acometividad iconoclasta, ese abandono de su defensa, esa inhibición de las cuestiones vitales de la patria y del mundo, motivó que este tiempo se haya perdido para la propia España y para la obra misma de esa juventud.

Porque acaso se pueda decir ya, con acertada visión histórica, que los años posteriores a la contienda armada fueron la trágica encrucijada donde la juventud española actual se jugó su **ser o no ser**. Se lo jugó, naturalmente, delante de la Historia, que quierase o no registrará las páginas en blanco.

DOS ZONAS BIEN DIFERENCIADAS: LA DE ESPAÑA Y OTROS PAISES SIN LIBERTAD, Y LA DEL MUNDO LIBRE

¿Hay alguien que ignore hoy en España lo que sucede fuera de sus fronteras? Creemos que no. Y mucho menos el escritor.

Ni el más tonto de ellos —y los hay como en todas partes— ni aquél otro que sabe otear con soltura y clara visión amplios horizontes de cultura y recorre con garbo todos los caminos de la inteligencia, desconocen que el mundo está dividido en dos zonas, a más de hallarse sumergido en un **piélago de dificultades** y de peligros, y que la vida y las posibilidades de acción del intelectual son bien distintas en cada una de ellas. Prueba evidente es esto que escribe un intelectual de la joven generación: *“Tema que nos quita el sueño es el de la suerte y la misión del escritor en los países de los que hemos dado en llamar mundo libre. La primera dificultad viene ya planteada por el modo que cada país tiene de entender la libertad, pues mientras en unos la libertad de expresión carece en principio de trabas, en otros dicha libertad es reconocida al ciudadano en que tanto las*

¿P R E N S A L I B R E ?

No queremos cerrar los ojos ante determinadas circunstancias que condicionan la libertad de expresión en algunos sitios, aunque en ellos se exhiban fachadas estatales con perifollos pseudo-democráticos, y se hagan afirmaciones

ideas a expresar no disientan de los principios fundamentales del régimen”. (5)

Los intelectuales saben en España lo que pasa dentro y fuera. En el mundo libre y en ese otro con tantos parecidos a la España nacionalista en lo de la libertad, y por cuya razón de semejanza tampoco en él, se puede decir lo que se quiera.

Por ese conocimiento de las realidades de ambas zonas políticas en que se encuentra dividido el mundo, son ya muy pocos los que en la España de nuestros días aceptan comulgar con la **rueda de molino** que por muchos años se les ha querido hacer tragar. Sin hablar ahora de la fe en la comunión que es ya una cuestión aparte.

Saben la mayor parte de los intelectuales —algunos lo han podido aquilatar en detalle en sus salidas al extranjero bajo la amable mirada gubernamental— que la libertad de que carecen en España existe plena en unos países, y casi plena en otros.

de la existencia de una prensa libre.

Tampoco debemos caer en la candi-

(5) Aquilino Duque. **El mundo libre y la libertad**. INSULA. No. 183, Pág. 3. Madrid, Febrero 1962.

dez de hablar —y creer— en la existencia de una prensa verdaderamente libre en alguna parte de las dos zonas: occidental y oriental.

Ese tipo ideal de prensa no se la encuentra, desgraciadamente, más que en las definiciones teóricas que la proclaman el más valioso elemento auxiliar para poder oír la voz de la mayoría, el **órgano de la opinión pública** y su orientador a la vez, el canal encauzador de sus justos anhelos de participación en las labores comunes... Tanto lo de **prensa libre** como eso otro de **cuarto poder** independiente son unas de las muchas y bellas frases de pirotecnia política que se emplean muy a la ligera, pero que no llevan en su entraña mucho contenido de humana verdad.

Todos los demócratas deseáramos **¿POR QUE HA GUARDADO SILENCIO TANTO TIEMPO EL ESCRITOR ESPAÑOL?**

Si los escritores que viven en España están al tanto de que sus colegas del mundo libre tienen expeditos muchos de los caminos que a ellos se les cierran, hemos de estar igualmente conformes en que conocen sobradamente que el simple paso de una zona de opresión —España o cualquiera de los países que se autodenominan repúblicas **populares** o **socialistas democráticas**— a otra de mayor libertad —ese mundo occidental tantas veces citado aquí— les descubre sin engaños, en limpia y bella desnudez de los hechos reales, la razón diferencial en

que fuese realidad la definición de libre que se dá a la prensa, pero todos también sabemos que en la mayor parte de los casos la prensa es solo un arma eficaz, sí, en la defensa de determinados intereses: lo mismo cuando está al servicio de un régimen político, que cuando defiende una oligarquía económica.

En ambos casos, si se alinean detrás de la prensa los intereses políticos —partido, régimen o déspota en el poder— como si a su amparo se cobijan los que defienden la posición privilegiada del capital que le dá vida y las combinaciones financieras que se realizan en los bastidores de sus consejos de administración, la única libertad que habrá en sus columnas será aquella que mejor convenga y beneficie a sus dueños o a sus inspiradores.

su existencia creadora. Se la descubre sin sofismas y sin las mistificaciones elaboradas por la propaganda. Les enseña, lisa y llanamente, que todavía existen amplias parcelas en donde se puede ser un escritor mucho más libre que los otros que viven en climas políticos como el que sufre España. Y les advierte también que en los pueblos que ponen en uso muchos de los principios primordiales en que se fundamenta el sistema democrático, resulta más fácil ser un hombre libre. ¡Que ya es bastante en estos tiempos, en que tantos peligros acechan al

hombre, a pesar de palabras y conceptos de seguridad, en los países que niegan o mistifican la libertad!

¿Por qué razones, conociendo todo esto, el escritor español ha guardado silencio durante tanto tiempo —el que vá desde los años 40 hasta acercarse al 60— y en esos largos años sin libertad, sometido a los rigores de los gobernantes y a la mítica propaganda imperial, no expresó su repudio? ¿Por qué la juventud intelectual no intentó abrir grietas en el muro de engaños que levantaron entre ella y la realidad de España y del mundo? ¿Es que los modos personales de lucha por la verdad y por su libertad han permanecido inéditos en una gran mayoría por el simple hecho de la forzada imposibilidad en que han estado de ponerlos en juego abiertamente **con permiso de la autoridad competente**, o es que han creído de buena fe que la acción del equipo director de sus destinos cumplió bien durante ese tiempo con los postulados que su conciencia política apoyaba, sin importarles la mutilación que sufriesen como escritores?

En el primer caso, las circunstancias mismas de esa evidente imposibilidad, conjugadas con la cantidad de ánimo es-

UN PROCESO INTIMO EN EL JOVEN ESCRITOR: EL DESCUBRIMIENTO DEL FRAUDE COMETIDO CON EL

El tiempo no pasa en balde. Es un formidable director de escena: el maese Pedro de todas las épocas. Aleja los hechos, desdibuja entre las nieblas del re-

forzado de cada uno de los intelectuales afectados, inclinan a que seamos cautelosos en el juicio definitivo. En el segundo, pensamos que cuando un escritor no discrepa de ninguna manera y acepta el **status** en que le colocan, es porque no encuentra motivos para ejercer su crítica negativa: su callado conformismo parece revelar entonces una adhesión.

¿Pero no ha habido, no hay tampoco hoy, un tercer estado donde podamos situar a alguno de los intelectuales que soportan en silencio la falta de libertad, y que no quiera significar una aceptación de tal situación?

La frase unamunicia. "Hay veces que estar callado es como mentir. Pues el silencio puede ser interpretado como asentimiento", se nos antoja escrita para este tipo de intelectuales silenciosos. Admitimos en principio que algunos de ellos puedan guardar en su callada intimidad una predisposición amorosa por la libertad, pero lo cierto es que en todo este tiempo no ha movido su pluma ni abierto su boca para expresar su protesta, aunque la misma se produjese en un rebuscado juego de parábolas, o en el nuevo **tono** que desconocíamos.

cuendo lo que antes fueran contornos firmes, aquietan las pasiones. De esta mutación la que siempre sale mejor librada es la verdad, porque ella aparece tal

y como era cuando la ocultaron a la vista de la juventud.

Naturalmente, en este normal proceso temporal, la gran mentira de la cruzada **liberadora** se ha venido abajo en unión de otras muchas. Se han ido desmoronando en un lento proceso de años hasta permitir que hoy puedan verse muchas cosas, otrora **tabús**, en su verdadera esencia.

Por esto, cuando el joven escritor fué descubriendo, poco a poco, todo lo que había de mentira en la propaganda que le envolvió por años en una atmósfera de renunciaciones, y desembocó en la clara visión actual que contempla su entendimiento, advirtió que del fondo de todo su ser surgía un estado de turbación y desesperanza. Al principio, en los momentos en que su fe empezó a vacilar, le pareció demasiado fuerte tan doloroso fraude cometido con él. Y al rendirse, al fin, a una tan triste evidencia de la magnitud del engaño, ¿que tiene de extraño que en muchos casos reaccione con rencor y que se aleje más y más de su alma la poca fe que le habían dejado de los hombres y de los conceptos!

¿Es acaso, como lógica consecuencia de estos procesos individuales, por lo que en estos últimos tiempos —segunda época que desde 1960 se adentra hasta hoy— parece que percibimos que un mar de fondo amenaza romper la tersura de las aguas estancadas de la conformidad del joven escritor de la España

actual? ¿Esas voces de protesta, tenues todavía, imprecisas, que comienzan a recorrer aquellos páramos espirituales, expresan el sincero deseo de que se produzcan en España las rectificaciones necesarias? ¿Quieren decirnos que algunos intelectuales, representantes de las dos generaciones contemporáneas activas, pretenden un despertar de sus conciencias? ¿Intentan abrir de par en par las ventanas al aire limpio y transparente universal, en una sincera aunque tardía confesión de inconformidad con su situación, para decir a un mundo igualmente inquieto, que busca, a su vez, con idéntico afán su acomodamiento, las nuevas de la transformación de su pensamiento en el enfoque de problema tan trascendente como es el de su propia libertad?

Si ello es así, ¿por qué creen esos intelectuales, jóvenes y viejos, que es ya llegada la hora de plantear en la propia España, cara al mundo, el tema de la libertad y la recuperación de la coherencia de su arte con su dignidad ciudadana? ¿Por el simple hecho de haberse convencido, al fin, de que la libertad o su carencia condicionan de forma terminante su función creadora, y dan o quitan el halo de grandeza y arte auténtico a su obra? ¿O es que ha llegado a la feliz conclusión de que no hay mejor piedra de toque, para una justa valoración de esa misma obra, que la libertad de expresión?

UNA CALA NECESARIA

Todas esas interrogaciones nos han llevado al intento de efectuar una cala en la cosecha intelectual de esa generación de la post guerra. En dicha cala —hecha con todo amor y a la profundidad que nos ha facultado la distancia— hemos querido ver si la realidad de su aparente despertar corren parejas con nuestro deseo de que se ponga en pie, en una tarea limpia y sin titubeos de afirmación humanística.

Aclaremos de paso que si es esa generación, que abrió los ojos del entendimiento en la bruma y miseria de los años de persecución y odio, la que polariza nuestra atención en estos momentos, es porque creemos que ella ha emprendido el camino todavía en un incierto y vacilante zig zag peligroso, hacia nuevas tierras de promisión.

Es aún pequeño el grupo que ha empezado a manifestar en tono menor sus preocupaciones sobre su verdadera misión en la hora actual como intelectuales y como españoles. Pero, pese a esa misma pequeñez en cuanto al número, hace concebir esperanzas para un futuro muy próximo. Y hace pensar también en la necesidad de ayudar a que se tienda sobre las dos orillas del abismo que separa a España el puente salvador. Puente de convivencia, mediante el cual podamos llegar a la labor de inteligencia. Porque después de tanto mutismo sus cortas palabras pueden ser el introito de una hermosa oración. La oración de rectificación constructiva y generosa que

tanto necesita España.

Es verdad que algunos no nos dicen todavía cual es su meta ideológica, ni tampoco nos señalan el terreno ideal donde quieren poner en ejercicio su programa filosófico —político— social. Pero de todos modos, están exponiendo en el ágora del pensamiento nacional, con proyecciones más amplias, una cuestión de tal entidad que rompe los contornos de la literatura, para buscar espacios sin límites: ámbito despejado, libre de toda coacción mezquina, donde puedan desarrollarse nuevas temáticas derivadas de los problemas que han adquirido ya en todo el mundo justificada primacía.

También es posible que a ese grupo minoritario se le antoje muy pobre su cosecha en tareas imaginativas, precisamente porque ella brota en los minutos cruciales en que una mayoría hambrienta de ideales y de realizaciones concretas y humanas pide a voces el planteamiento de cuestiones vivas, postulados de fe en acción, encaminado todo, no a esclavizar al hombre, sino a salvarlo.

Algunos de esos intelectuales jóvenes muestran la plena madurez de sus ideas claras y terminantes, en relación con estos temas que examinamos aquí. Destaquemos a uno de ellos: Francisco Fernández Santos. Su formación se ha realizado en esos duros años que siguieron a la lucha sangrienta. Escribe con espíritu vigilante de todo lo que acontece en el presente, pero se adivina su profunda mirada puesta en el porvenir del hombre,

motivo de honda preocupación para él. Algunas de las cosas que dice son de este estilo: "...*Pero es que la libertad —dice el político— es peligrosa. Peligrosa ¿para qué, para quién? Y aunque así fuera, es un peligro que hay que correr, porque es la esencia de la vida misma. La única forma de escapar a él es la muerte: la muerte física o la civil, que es la tiranía*". "*Yo diría que la democracia no es ella misma un sistema político, sino más bien la condición primordial, en la hora presente, de todo sistema político*". (6).

¿Busca, entonces, ese grupo de intelectuales jóvenes, ser misioneros o adelantados en la dura y heroica empresa de asentar al hombre angustiado de

TRES GRUPOS BIEN DEFINIDOS

Tres grupos se precisan con bastante claridad en el conjunto de la generación en marcha que analizamos hoy.

PRIMERO. Minoritario. Acoge a los que no están conformes con el régimen de silencio en que viven. ¿Están solo disconformes con el silencio? La pregunta se impone porque no vemos debidamente establecido que es lo que desean hacer una vez que puedan elevar sus voces sin censura. No se precisa lo que pueda haber en su intimidad. ¡De constructivo, se entiende! Si se rebullen en ellos conceptos en sincera pugna con la **filosofía** del turbio conglomerado que manda en

(6) **El hombre y su historia**. Ediciones Arión. Madrid, 1961.

nuestros días en la tierra de promisión, tierra de libertad y de justicia, donde el arte no sufra de acometidas y limitaciones en aras del régimen político omnipotente? ¿O cree, simplemente, que bastará planificar en los libros su vida e inquietudes de intelectual, sometiéndose en la vida ciudadana a nuevos dogmas políticos que le sigan impidiendo alzar arrogante su vuelo fecundo, para obtener de ese modo el estado de **liberación** tan decantado y falso? ¿Quiere ser un escritor libre de verdad, sin otro compromiso más que el de su propio pensamiento especulativo y su dignidad de hombre, o le seduce el continuar siendo un escritor esclavo?

España desde hace un cuarto de siglo; si su pensamiento se encamina lealmente hacia las zonas de una democracia; o si en ese cambio de postura que acaricia, le importa poco lo que pueda venir detrás....

SEGUNDO. Le constituyen aquellos a los que la falta de libertad y otras muchas cosas que se emparentan con la dignidad del hombre de letras les tiene sin cuidado. Los veintitrés años de opresión les ha moldeado de una manera singular; ha hecho de ellos un **specimen** curioso que se distingue por una mezcla de conformismo y de desinterés; su obra se ciñe fielmente a la ortodoxia del régimen y de la iglesia oficial. En los temas de figuración —novela y poesía— su fru-

to carece de garbo y de hondura: abunda la superficialidad bajo capa de un realismo que es, en definitiva, el reflejo del medio pobre que lo nutre. Es, naturalmente, el grupo más numeroso.

TERCERO. Reducido: casi insignificante en número, pero el que vá a lo suyo con más tesón. Cierra contra los procedimientos dictatoriales si no son ellos los que puedan ponerlos en juego. A estos **enfants-terribles** de las letras les causa desazón la privación de libertad... decretada por otros.

Al llegar a este punto nos asalta la necesidad de abrir un paréntesis. Si el mismo pudiera parecer digresión innecesario, diremos que a nosotros nos sirve para explicarnos por qué algunos escritores españoles jóvenes no rompen lanzas **quijotescas** por la libertad y se suman, en cambio, a los misticadores que cumplen obedientes las consignas que se les señalan.

(Caso típico de un joven novelista perteneciente al tercer grupo. En un artículo publicado en 1959 con el título de **Para una literatura nacional popular (7)** plantea lo que él llama **reconciliación del novelista con el pueblo**. Pero de paso arremete contra Ortega y Gasset al que denuncia —y condena por sí y ante sí— su posición **aristocrática** por su teoría filosófica de la **deshumanización del arte**. Denuncia también un **colonialismo** literario por parte de Inglaterra, Francia, Ale-

mania y Estados Unidos. Y al detenerse en el período de la República —período bien efímero, desgraciadamente, para poder hacer un balance de su labor intelectual— afirma, un poco a la ligera y sin mucha documentación en que apoyarse, que "un somero exámen de la producción novelesca desarrollada en los años de la República muestra, sin lugar a dudas, que de no haber mediado el conflicto, su ciclo histórico podía darse por terminado." "Prueba de ello —sigue diciendo— las tentativas novelescas, no siempre afortunadas, de un Ramón J. Sender o un Carranque de Ríos" Vuelve sobre el **leit motiv** de su trabajo y pide que se rompa con la tradición para crear **una literatura verdaderamente nacional y popular**, y dar, de este modo, fin al proceso de **colonización** que, según él, ha sufrido España **por espacio de tres décadas**.

¿Fue ese artículo la confesión pública de una toma de posición política? Nada tendríamos que objetar en tal caso: ejerció un derecho indiscutible que nuestra condición liberal respeta. Pero al airar este antecedente hará que en el futuro puedan eludirse algunas confusiones respecto a ciertos intelectuales españoles contemporáneos.

Los que se sorprendieron de que este novelista joven obtuviera a partir de ese artículo una insólita y personílima publicidad fuera de España, encontrarán la explicación del hecho si se detienen a considerar que dicha **réclame** encaja en el plan de propaganda internacional de un movimiento político, y que los direc-

tores publicitarios del mismo atienden más al escritor, en razón de su función de agente, que en la de la obra literaria llevada a cabo por él. Les interesa más presentarle como **motivo** de infiltración en la juventud literaria, que estudiarle como creador, con mayor o menor fortuna, dentro de un género: la novela.

Guillermo de Torre, tan diestro en la crítica, puso unos cuantos puntos oportunos sobre algunas "yes" novelísticas, en una réplica que hiciera a tal **manifiesto** del joven novelista. Véanse algunos de esos puntos: "**¿Una literatura VERDADERAMENTE NACIONAL Y POPULAR? ¿De veras cree posible y satisfactoria nuestro novelista tal cosa? Lo nacional químicamente puro, como él parece desearlo, en cualquiera literatura del mundo ha sido un factor constitutivo, tanto más auténtico cuanto menos buscado; pero hoy, en el momento actual de las culturas, cuando es más intenso que nunca el flujo de ósmosis espiritual, la co-**

rriente de prestaciones e intercambios, cree de veras Goytisolo que tal cosa puede constituir un ideal programática? ¿Le parece posible a estas alturas disfrazarse de un nuevo Herder prerromántico exaltando las virtudes supremas del NATURGEIST de los pueblos? ¿Demasiado onerosas han resultado en los años penúltimos semejantes mascaradas transpuestas al plano políticosocial? "...¿era acaso menester esa larga diatriba contra Ortega y contra su teoría sobre la DESHUMANIZACIÓN DEL ARTE, imputándole no sólo la supuesta, discutible decadencia de la novela, en la década del 25 al 35, sino también la quiebra de relaciones entre PÚBLICO Y AUTOR, a cuyo restablecimiento se aplica con ardor de agente diplomático y comercial, Goytisolo?" (8)

No tuvo mucho eco, la verdad sea dicha sin rodeos, este artículo-manifiesto del joven novelista, a veces menos afortunado que un Ramón J. Sender).

LAS CONSIGNAS Y LOS ENFANTS-TERRIBLES DE LA LITERATURA ESPAÑOLA DE HOY

De esos tres grupos solamente uno, el primero, puede hacernos abrigar la esperanza de que algunos de sus componentes estén dispuestos a ser adelantados o misioneros en la noble y esforzada tarea de abrir el camino hacia tierras de libertad y justicia al escritor español contemporáneo.

Francisco Fernández Santos expone una opinión clara y valiente que se apro-

xima mucho al sentido de esa heroica aventura: "**Si alguna consigna tiene que escoger el escritor deberá ser ésta: ENTERA LIBERTAD, ENTERA RESPONSABILIDAD. Que se sienta —y que se diga— solidario y responsable de**

(8) **Los puntos sobre algunas "yes" novelísticas.** INSULA. Madrid, Mayo 1959. No. 150, Pág. 1.

(7) Juan Goytisolo. INSULA. Madrid, Enero 1959. No. 146, Pág. 6.

todo lo que, en el terreno individual e histórico, ocurre a su alrededor, de la lucha del hombre por su salvación cotidiana, y el escritor se habrá cumplido a sí mismo como escritor y, lo que es más importante, como hombre" (9).

En cuanto a los otros escritores que forman el grupo de los **enfants-terribles** de la literatura, leyéndolos, nos hacen encontrar justificadas preguntas como éstas: ¿A donde quieren llevar, en ocasiones frecuentes, a sus benévolos lectores? ¿A esos escenarios ideales donde convendrían gustosos otra nueva **colonización** literaria? ¡Pobre y triste visión para muchos la de ese escenario idealizado! También allí el arte —y la novela— ha sido deshumanizado friamente, no en una noble especulación filosófica —caso de Ortega— sino como norma de asepsia partidista.

¿Que saldría al encuentro de nuestra vista si nos acercásemos a ese escenario idealizado por la propaganda? ¿Un pueblo **liberado**, con capacidad receptora de una literatura **popular**, o un pueblo triste y dócil, sumiso ante las voces **persuasivas** del **bureau** político?

Algunos observadores serenos creen que ese pueblo ofrece gran semejanza con el coro de la tragedia griega, porque sus justas cóleras y sus desesperanzas fiene que ocultarlas en la sordidez de su

vida gregaria de proletario al que se la han cerrado ya todas las posibilidades de redención futura. Razón para que el espectáculo que toma vida en tales escenarios no alcance la grandeza espiritual que se origina cuando el hombre se mueve libremente, sin las ataduras de los hilos groseros de sus dirigentes.

El pretendido **colonialismo** no vendría entonces de los países democráticos tan vilipendiados: llegaría de Oriente, y la novelística que importase España sería muy poco afortunada. Ahí está para demostrarlo la obra realizada a partir de 1917 en los lugares donde existe una literatura **popular**. La que conocemos no se ha presentado ante nuestro juicio crítico con atinada simplificación estética ni con lograda arquitectura, ni tampoco con la belleza en la forma y el vuelo sublime del conflicto humano, condiciones todas que se han dado en innumerables obras de la literatura española de los siglos XIX y XX —incluyendo, claro es, la novelística de la década del 25 al 35 con Benjamín Jamés, Pedro Salinas, Antonio Espina, Francisco Ayala, José Díaz Fernández, Joaquín Arderius, Rosa Chacel.. — y en una gran parte de las conseguidas plenamente por otros novelistas que escribieran sin trabas en Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos.

"NUEVO" REALISMO LITERARIO

No estamos defendiendo aquí la vacua retórica ni los arabescos descriptivos de que tanto se ha abusado en la novela. Abogamos por una novelística en la que se cuiden las líneas arquitectónicas fundamentales del género, se trabaje la forma con amor y se huya de los rebuscamientos de una **originalidad** forzada: y sobre todo, que no se pierdan en medio de la fiebre de la concepción, las razones primordiales de humana pasión que serán siempre las que deban mover a los seres que en la novela nazcan, vivan y mueran.

Bien está la preocupación del autor por los problemas técnicos que pueda presentar su construcción: pero todo ello puede tenerse en cuenta sin descuidar ese otro **algo** vital, espiritual y humano que debe establecer el puente —estético y emotivo— entre el creador y su público.

¿Por qué se ha de aceptar, sin objeciones críticas, que únicamente la que se construye con los elementos materiales del **nuevo** realismo sea la novela-tipo de nuestros días? ¿Por qué no decir que el realismo que se complace morbosamente en exhibir las lacras de la humanidad para exacerbar pasiones, se asemeja bastante a esos mendigos tullidos que exhiben sus pobres muñones bajo el sol de la compasión dosificada y sensiblera?

Refiriéndose a esta cuestión, G. B. Angioletti escribe en su **Diario**: "En otros

tiempos el hombre de genio podía no ser demasiado inteligente ni excepcionalmente culto, pero poseía el extraordinario poder de hacer bello incluso lo horrible con perspicacia o fuerza de expresión; en tanto que la inteligencia refinada, especialmente en nuestros días, tiene el poder inverso, el de hacer aparecer horrible incluso lo bello, favoreciendo y hasta anticipando el proceso de corrupción natural que subyace en todo lo creado".

Juicio éste que reputamos acertado y magnífico, y para el que un escritor de la joven generación —Áquilino Duque— tiene esta reflexión: "A resultados semejantes llegan, quiéralo o no, también aquellos escritores que piensan que el mejor modo de redimir a la humanidad es dar testimonio de sus miserias. ¡Pobre del arte si ha de limitarse a reflejar la realidad de nuestro tiempo en vez de actuar sobre ella y ennoblecerla! Estos realistas de última hora toman por su parte del Este europeo unos dogmas que para sí no quieren los escritores de allá. Pretenden planificar la felicidad, como si la felicidad consistiera en lo mismo para todos y se esfuerzan en ser más hormigas que las propias hormigas. Plantean ferozmente el dilema o libertad estética o justicia social, del mismo modo que Faulkner nos ponía a optar entre el dolor o la nada. Pero si este último se supera rechazando ambos extremos, ya que podemos vivir sin uno y sin otro sin que nos pase nada malo, en cambio el otro

(9) **El hombre y su historia**. Ediciones Arión. Madrid 1961.

se supera conciliando ambos términos, ya *sin justicia*". (10).
que no hay manera de vivir sin libertad y

OTRAS PREGUNTAS OPORTUNAS

¿Qué pasaría si un día adquiriese vigencia política el programa que defienden los intelectuales pertenecientes a la categoría de **enfants-terribles** de las letras españolas de estas horas? ¿No se produciría en ellos la misma metamorfosis que acabamos de constatar en otros intelectuales por estas latitudes americanas?

Los escritores que pedían libertad para ellos y para su obra en aras de la **liberación** de su pueblo, son hoy los primeros en acoger al intelectual discrepante de su credo político. Los **rebeldes** de ayer forman hoy en la **nueva clase**: son el grupo de vanguardia que han suprimido sin titubeos ni remordimientos la libertad de expresión crítica, ni más ni menos que han hecho y hacen todos los regímenes despóticos del siglo XX:

la Italia del **Duce**, la Alemania del **Fuhrer**, la URSS de Stalin y **sucesores** y la España nacionalista del **Generalísimo**.

Ninguno de estos intelectuales que un día —ayer— clamaron frente a los dictadores por **su** libertad siente hoy rubor al emplear su pluma en la propaganda de una situación de opresión. Aceptan ser en la **nueva** sociedad sin libertad el **novo homo** intelectual, al que, como dijera Ignazio Silone, buen conocedor de las urdimbres y tramas de tal paño, se le **impone una sola concepción común de todas las cuestiones**, y se le da *como vehículo único el de un lenguaje uniforme, de corto léxico, de estilo inconfundible; monótono, seco, antipoético, antimetafísico, exento de belleza y de vuelo sublime, adocenado y machacón, plagado de "slogans"*.

AL ENCUENTRO DE LA JUVENTUD INTELLECTUAL DE ESPAÑA

El día que se cierre el ciclo histórico que empezara en 1936, se podrá dar comienzo al balance de la obra intelectual realizada en dicho período por las dos Españas: la que trabajó en la patria, en un clima de negociaciones, y la que lo hizo en el destierro, en los países libres del mundo occidental.

Muchas de las páginas de sencilla

grandeza espiritual y de hondo amor a la patria lejana escritas por los intelectuales españoles en el destierro, hablarán de dolores callados en horas de nostalgia, de la dura labor a través de

(10) **El mundo libre y la libertad**. INSULA. Madrid, Febrero, 1962. No. 183, Pág. 3.

años, de amarguras escondidas y de esperanzas en eterna vigilia. Expondrán con cifras y con fisonomías personales el volúmen y la calidad de una obra de muchos matices y variadas disciplinas. Todo ella estará impregnada del mismo verbo y de igual estilo: la defensa del derecho y de la libertad en forma directa sin concesiones.

Pero todos los testimonios históricos de esa labor en el exilio coincidirán en una afirmación: que ella fue ejercida en nombre de la España liberal, y que significó un auténtico magisterio de dignidad.

¡Sí! Alto magisterio, lección de serena y limpia conducta cotidiana a lo largo de tristes horas. Enseñanza que parece proyectares al encuentro de la juventud intelectual que hoy vive en España. Será uno de los más valiosos testimonios de la ejemplaridad aleccionadora de una conducta colectiva.

¿Sabes tú, España, lo duro que es

trabajar en tu nombre lejos de ti? Porque el destierro ha sido —y sigue siendo— duro y triste para la mayoría. Con un final amargo en muchos casos. ¡Caer lejos de **si mismos!** Así cayeron en tierra extraña muchos de los grandes valores de la España desterrada.

Vivir lejos es **sufrimiento intolerable** para cuantos tienen puestos los ojos del alma en la patria ausente y pese a todo amada. Lo dijo Séneca, otro ilustre desterrado. Cuando suspiraba por la patria lejana que él también llevaba dentro, muy dentro, no pudo evitar que le subiera del corazón a los labios esta lamentación: **¡Carere patria intolerabile est!** (¡Qué sufrimiento intolerable es vivir fuera de la patria!)

Desde aquellos lejanos días de Séneca han sido muchos los españoles que han conocido, en sombrías etapas de eclipse de la libertad, la profunda angustia de **verse vivir** en esa **muerte anticipada que parece el exilio**.



